

XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2011.

Montoneros y la Izquierda Peronista.

Julieta Bartoletti.

Cita:

Julieta Bartoletti (2011). *Montoneros y la Izquierda Peronista. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/316>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Mesa N° 49, “Las interpretaciones de la violencia política en la Argentina. De revisiones históricas, debates estratégicos y condenas morales”

Coordinadores/as: Julieta Bartoletti, Esteban Campos, Cristina Viano

Título: Montoneros y la Izquierda Peronista

Autora: Julieta Bartoletti

Pertenencia institucional: UBA, CONICET/UNSAM

Documento de identidad: 23781672

Correo electrónico. julietabartoletti@gmail.com

Autorización para publicar: si

Montoneros y la Izquierda Peronista

“Qué Dios se apiade de su alma...! Ninguna organización revolucionaria podría poner eso en un comunicado. Estos deben ser cristianuchis...”, reflexión de Envar El Kadri al conocer el comunicado de los Montoneros que anunciaba la “ejecución” de Aramburu, en Anguita y Caparrós (1997: 365).

“Vivíamos como que el peronismo estaba infiltrado por estos sectores de mierda, autoritarios, elitistas, con una visión entrista del peronismo, no revolucionaria, no clasista, no obrera, no popular”, reflexión de Jorge Rulli sobre sus conflictos con los Montoneros hacia 1974, en Anzorena (1989: 189).

Las frases del epígrafe, tomadas de conocidos libros testimoniales, reflejan dos características que aparecen de manera recurrente en los análisis de los Montoneros: su origen cristiano y no peronista. Al primer tema remiten las investigaciones recientes de Lanusse (2005) y Donatello (2010), que han permitido avanzar muchísimo en el conocimiento de los primeros años de Montoneros, desmintiendo entre otras cosas la asociación con la extrema derecha nacionalista.

Menos novedades y hallazgos se han producido en relación al problema de la adopción de una identidad peronista y, más aún, de la efectiva inserción en el movimiento peronista. De manera sintética, podemos afirmar al respecto que las interpretaciones pioneras, escasamente discutidas, de Sigal y Verón (1986) y Gillespie (1987) coinciden en identificar el carácter ajeno y el consecuente desconocimiento del peronismo como la clave de su fracaso.¹

A la vez, tanto Gillespie (1987) como algunos trabajos ya clásicos sobre la llamada “izquierda peronista” (IP) incorporan una caracterización de las diversas corrientes de ese espacio y coinciden en identificar a los Montoneros con la corriente “movimientista” (Gillespie, 1987), “combativa” (James, 1976) u “ortodoxa” (Gil, 1989), que se caracterizaría por la ausencia de definiciones ideológicas y programáticas propias y total verticalidad respecto del liderazgo de Perón.

¹ Para los primeros, ese desconocimiento los habría llevado a adoptar, de manera puramente instrumental, la “camiseta” peronista, quedando “atrapados” en un “dispositivo de enunciación” incompatible con su aspiración a constituirse en vanguardia. Para el segundo, los habría llevado a creer en el carácter revolucionario de Perón y a actuar como sus “soldados”.

En esta ponencia nos proponemos, en primer lugar, revisar esta caracterización de la IP y, en segundo lugar, analizar la acción con que Montoneros se presenta públicamente, el secuestro y ejecución de Aramburu, a la luz de los debates y problemáticas propios de ese ámbito, en el cual buscan inserción.

La IP

La denominación IP ha sido discutida desde una perspectiva teórica e ideológica², pero desde el punto de vista de un análisis político e histórico su pertinencia es innegable. Se vincula a una coyuntura histórica muy específica, que puede caracterizarse a partir de la imagen del “empate hegemónico” (O’Donnell, 1977; Portantiero, 1977) o según Halperín Donghi (1994), como una crisis de larga duración originada en la “revolución social” peronista, que habiendo reconfigurando muy sólidamente las relaciones político-sociales, “se negaba a morir”.

En general hay consenso en que la clase obrera argentina, mayoritariamente peronista, se constituye como actor protagónico en el marco proyectos de desarrollo económico que implicaban una redistribución de la riqueza perjudicial para las clases populares. En este marco surgen numerosos grupos que, proclamando objetivos revolucionarios, se reivindicaban como parte del movimiento peronista y aspiran a liderar y dar sentido a esas luchas.

Siguiendo a Gillespie (1987), sus posicionamientos políticos están atravesados por una situación que podemos calificar de “dilemática”: aceptar los límites que imponía permanecer dentro del movimiento peronista o “salir” del movimiento y enfrentar la pérdida consecuente de apoyo que esto provocaría, dado que la identidad política de los sectores populares estaba aún claramente anclada en el peronismo.³

Para escapar a la discusión, ya clásica, entre quiénes postulan que las respuestas dadas por la IP a este “dilema” responderían al carácter verdadero o falso de su identificación con el peronismo, o bien a su “ingenuidad” e “inexperiencia”, consideramos necesario enmarcar los posicionamientos de los grupos de la IP en las tensiones y contradicciones que atraviesan al propio movimiento peronista a partir de 1955.

En palabras de Salas (1994), “[u]na paradoja no siempre comprendida parece circular al peronismo. (...) la identidad resistente del peronismo y el recuerdo colectivo tendieron a gestar el mayor enfrentamiento clasista de la argentina moderna: aun incluido dentro del marco del sistema, el movimiento tendió permanentemente a salirse de él. Un imaginario colectivo plagado de tradicionalismo pero inconciliable a partir de los reclamos obreros, se convirtió históricamente en un movimiento dinámico y contradictorio, que se opuso efectivamente a la hegemonía de la clase dominante y gesto en su seno contradicciones insolubles que estallarían poco después”.⁴

A pesar de sus diferentes perspectivas, los trabajos de James (1976 y 1990), Gillespie (1987 y 1989), Gil (1989), Salas (1990, 1994), Raimundo (s/fa y b) y Bozza (2001) coinciden en identificar una progresiva diferenciación entre aquellos grupos de la IP que permanecen anclados en la ideología peronista

² En ese sentido pueden consultarse los trabajos de Ollier (1986) y Sigal y Verón (1986).

³ Gillespie (1989:62).

⁴ Salas (1994:171). En una línea similar podemos ubicar a James (1990) y Gil (1989).

tradicional y aquellos otros grupos que rompen con ella, adoptando principios ideológicos claramente opuestos, como el socialismo y la lucha de clases.

En los primeros años de proscripción, al calor de las políticas de “desperonización” y de ajuste económico se produce una radicalización del discurso tradicional del peronismo que extremaba y re-significaba sus ideas tradicionales, nacionalistas y antiimperialistas.

Un primer indicio de estas transformaciones puede observarse con claridad en el programa de las 62 Organizaciones sancionado en el Plenario Nacional en La Falda realizado en Córdoba en septiembre de 1957. El programa planteaba reformas sociales profundas (reforma agraria incluida), un fuerte intervencionismo estatal (monopolio del comercio exterior, control de precios interno), el establecimiento del control obrero de la producción y los precios, y la efectiva integración de las economías regionales, así como la necesidad del reconocimiento de “la clase trabajadora” como “la única fuerza argentina que representa en sus intereses los anhelos del país mismo”. Estas medidas, sin embargo, no implicaban rupturas significativas en términos ideológicos con el peronismo “clásico” ya que permanecen dentro de los marcos de un discurso antioligárquico y antiimperialista.

Esto cambia con la aparición de metas de tipo anticapitalista y fundamentos clasistas, que aparecen por primera vez en los escritos J. W. Cooke, “delegado personal” de Perón en esos años. Sintéticamente, Cooke planteaba que el peronismo había nacido como una alianza de clases, pero que esta se había roto después de 1955, quedando integrado casi exclusivamente por la clase obrera. Esta transformación daba al peronismo potencial revolucionario, pero para hacerlo efectivo era necesario transformar al “movimiento” en un auténtico partido revolucionario. Por ende, la misión del “peronismo revolucionario” era crear una “vanguardia” que fuera acercando la organización política e ideológica del peronismo al rol que le otorgaban los trabajadores a partir de la confrontación cotidiana de fuerzas sociales en el lugar de trabajo.

A pesar de su temprana formulación, este discurso clasista y anticapitalista comparte por muchos años la situación de marginalidad política de Cooke, ya que las disputas y conflicto al interior del movimiento peronista oponían a “conciliadores” o “traidores” con “duros” o “leales”. Este tipo de enfrentamiento llega a su máxima intensidad entre 1963 y 1966, con el planteo de Vandor de la necesidad del movimiento obrero de “autonomizarse” de la conducción política de Perón e institucionalizar su participación en el régimen que lo proscribía.⁵

En esta coyuntura, en agosto de 1964, sectores juveniles liderados por Gustavo Rearte reciben el apoyo de Perón para crear el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP). Este debía ser la cuarta rama del

5 Siguiendo a Torre (2004: 12, 16) el “vandonismo” nace a partir de las condiciones creadas por el gobierno de Frondizi, en las cuales los dirigentes sindicales nacionales habrían descubierto una “nueva estrategia”: aceptar la flexibilización de las condiciones de trabajo a cambio de beneficios simbólicos (reconocimiento oficial de las autoridades) y concretos (retribuciones por maternidad, por hijo, licencias por matrimonio, cálculo de antigüedad, descuentos sobre los salarios destinados a las finanzas de las organizaciones gremiales). Si bien esta estrategia fue acompañada en muchos casos de un discurso radicalizado, y por ocasionales demostraciones de fuerza, las huelgas dejan de ser “la expresión de una intensificación de las luchas sociales”, y se transformaron en “un dispositivo táctico” para influir sobre la voluntad de los gobierno a favor de las demandas sindicales.

movimiento, la rama “revolucionaria” y en su congreso fundacional difunden una Declaración de Principios que formulaba por primera vez en un ámbito público y orgánico las innovaciones ideológicas clasistas y revolucionarias propuestas por Cooke.⁶

Cabe destacar, sin embargo, que el discurso nacionalista/antiimperialista subsiste, plasmándose con nitidez en el programa de una iniciativa contemporánea al MRP: el Movimiento de Juventud Peronista (MJP), exclusivamente juvenil y apoyado por los sectores en aquel entonces contrapuestos, liderados por Vandor y Framini.

El saldo del enfrentamiento entre Perón y Vandor muestra la vigencia del límite que impone la pertenencia al movimiento a cualquier actor político: el acatamiento al líder. Esto vale tanto para Vandor como para los grupos de la incipiente IP, ya que la repercusión del MRP es tan efímera como el propio apoyo de Perón.

En este sentido, la coyuntura 63-66 pone de relieve ciertas modalidades de funcionamiento del movimiento peronista a partir de 1955. Este nunca había sido un movimiento institucionalizado y, mucho menos, un partido en el que las diferentes tendencias internas pudieran competir internamente a través de mecanismos políticos formales, mediante programas y temas políticos concretos y específicos.

Después de 1955, con las crecientes diferencias entre corrientes internas (“conciliadores”, “duros”, “clasistas”) el movimiento se transforma cada vez más en un conglomerado de grupos unidos por su “lealtad” a Perón. Este es el marco en el que surge la famosa “política pendular” de Perón, quien solía decir “tengo una mano izquierda y otra derecha y las uso a ambas”.⁷

Por una parte, era conocida su actitud “papal” de “bendecir” a todos los que acudían a él, imprescindible para mantener unido al conglomerado. Por otra, también eran importante marcar diferencias y privilegiar a unos sobre otros, sin dejar fuera a ninguno, con el propósito de incidir en los equilibrios de poder internos de acuerdo a sus propias necesidades y preferencias. Para esto, Perón recurría a nombramientos de “representantes” en diversas instancias organizativas así como a “órdenes” de reorganización del movimiento, que señalaban sus preferencias para cada etapa. Dado que éstas solían alternar fases de endurecimiento y negociación, dejaban periódicamente a los “duros” y, más aún, a los “revolucionarios”, en una situación de debilidad.

El MRP será el primero en esbozar una explicación que permitía compatibilizar sus posicionamientos políticos revolucionarios con el acatamiento a las directivas de Perón, que frecuentemente los contradecían. Esta tesis planteaba que el cambiante comportamiento del líder obedecía a “la relación de fuerzas dentro del movimiento”, ya que Perón se limitaba a apoyar “siempre al ala más poderosa” (Raimundo, s/f a). Esta tesis no sólo suponía una autolegitimación sino que también implicaba definir una meta que, desde entonces, será clave para la IP: constituirse en tendencia hegemónica dentro del movimiento para lograr así el aval de Perón a sus posiciones.

⁶ Además del apoyo de Framini, logran el apoyo de un gran número de sindicatos “duros” del interior.

⁷ James (1976)

A partir de 1966 esta convicción se plasma en la idea de que era necesario una estructura organizativa “alternativa” a la que se consideraba dominada por el “vandonismo”. Este objetivo es clave tanto en la experiencia de la CGT de los Argentinos como del Peronismo Revolucionario (PR).

El autodenominado PR había nacido después del golpe de 1966 a partir de las iniciativas del “delegado personal” de Perón, Bernardo Alberte. El tema de la organización y unidad del movimiento lo habría obsesionado y, al poco tiempo de ser designado delegado, había propuesto a Perón lanzar un “esquema político-revolucionario, que permita la agitación, poniendo en acción todas las posibilidades de una población disconforme.”. Su propuesta era crear una estructura sobre la base del circuito electoral, con el objetivo de era lograr una “célula de agitación al margen de la organización electoral y sindical”.⁸

La propuesta no logra demasiado apoyo de Perón y Alberte es destituido de su cargo en marzo de 1968, luego de haber apoyado la creación de la CGT de los Argentinos y de impulsar una línea de enfrentamiento frontal con el gobierno y el sindicalismo. El ex - delegado, sin embargo, persiste en sus esfuerzos unificadores y, junto a Gustavo Rearte, resuelven que era “de vital e irrenunciable obligación estructurar la tendencia revolucionaria del peronismo” y organizan para esto, en agosto de 1968, un plenario de organizaciones peronistas afines a esta línea.⁹

Según Gurucharri (2001) el documento de convocatoria proponía crear “una especie de partido de la izquierda peronista, aunque esas palabras no se usaran. Una plataforma donde hubiera lugar para representantes de las incipientes formaciones guerrilleras, que estaban organizándose, aunque todavía no actuaran públicamente, para los sindicalistas de la CGT de los Argentinos y para las diversas agrupaciones políticas y del ámbito de la juventud y el estudiantado, apoyada en una red de organizaciones de base barriales y comandos fabriles.”.¹⁰

En ese mismo momento, la CGT de los Argentinos lanza una consigna afín: el “frente de resistencia popular”¹¹, que llamaba a

“concentrar nuestros esfuerzos en esos núcleos básicos de la comunidad [los barrios], organizar allí las protestas conjuntas. El apoyo de todo un barrio a la huelga de una fábrica puede ser más efectivo que una manifestación de multitudes (...). El respaldo de los trabajadores a los inquilinos concretos que son desalojados (...). La presencia de estudiantes en las villas de emergencia puede ser más efectiva que la toma de una facultad.”.¹²

⁸ El proyecto es presentado a Perón en su carta del 17 de agosto de 1967, como “Directiva Secreta N° 6” para la “Reorganización de Capital Federal y Rosario”. La Opinión (16 de junio de 1971) identifica algunas iniciativas de 1968 en este sentido.

⁹ Gurucharri (2001:155).

¹⁰ Gurucharri, (2001:246-247).

¹¹ Inicialmente la propuesta de la CGT de los Argentinos buscaba posicionarse como la única instancia organizativa, legal y legítima, del movimiento obrero (Dawyd, 2008) pero esta postura es abandonada luego de constatar la imposibilidad de desplazar al “vandonismo” y de impulsar algunas manifestaciones masivas fallidas.

¹² CGT (N° 14, 1/8/68). Bozza (2010) analiza esta iniciativa.

Sin embargo, ninguna de las iniciativas prospera¹³ y sin duda el factor clave en ambos fracasos es Perón, que en marzo destituye a Alberte y en septiembre llama a la reunificación sindical. Para el líder del movimiento el problema no era que el sindicalismo negociara con el gobierno, sino que lo hiciera por fuera de su control. Su prioridad no era el enfrentar al gobierno sino la unidad cada vez más precaria del movimiento. Por esto, quien mejor expresa sus intereses en esta fase es el nuevo “delegado personal”, Daniel Paladino, siempre “[u]bicado en el justo medio entre la negociación y el enfrentamiento”.¹⁴

A partir de estos fracasos comienza a esbozarse una propuesta que, basada en la misma concepción del rol de Perón, propone otra forma de incidir en las relaciones de fuerza internas del movimiento. Esta se manifiesta por primera vez en la ruptura de los sindicatos llamados “combativos”, liderados por Guillán, con la CGT de los Argentinos y su retorno a las 62 organizaciones.

La decisión no obedece a una “verticalidad” o “ingenuidad”, ya que se produce bastante después de que Perón ordenara la reunificación. Como señala Fernández (1986:13), para enero de 1969 la Central conserva la adhesión de 9 de los 10 gremios “combativos”, con el respetable número de 190.00 afiliados. Este hiato entre la orden de Perón y la efectiva ruptura de los “combativos” subraya la importancia de otras motivaciones. En este sentido, en enero de 1969, Guillán afirmaba que

“la imperiosa necesidad en que se encuentran los dirigentes traidores de realizar alguna acción podría ser utilizada para conducir a las masas a la lucha, que nada impedía a la CGT de los Argentinos conducir el movimiento, una vez desencadenado, y que a nadie debía preocuparle con quién se sentaba, sino el resultado de la acción.”.

Se perfilan así dos posiciones contrapuestas. Mientras Guillán prioriza el logro de la fuerza necesaria para enfrentar al gobierno con éxito, quienes permanecen en la CGT de los Argentinos, en palabras de Ferrarese (Farmacia), consideraban que “[I]o esencial es la toma de conciencia de la clase obrera, aunque el proceso dure años.”.¹⁵

Ambas posiciones aparecen también con nitidez en un diálogo entre Ongaro y el dirigente sindical portuario Eustaquio Tolosa. Este había sido nombrado “presidente honorario” de la CGT de los Argentinos por ser un claro símbolo de la injusta represión del gobierno por su encarcelamiento luego de una solitaria resistencia al gobierno. Sin embargo, es uno de los primeros en apoyar públicamente el llamado de Perón a la reunificación. Durante una visita a la CGT de los Argentinos, Tolosa señala que “desde el principio que la razón estaba de este lado. Pero solamente con la razón no se gana”. Inmediatamente, Ongaro aclara: “Yo creo que (...) a él [Tolosa] lo preocupa lo mismo que a nosotros: lograr la eficacia en la acción. El no dice, la unidad con los que cometieron delitos. El dice, ¿cuál es la salida? (...)”. Y reitera la propuesta de la CGT de los Argentinos: no se puede impulsar la unidad con los

¹³ El balance de fin de año se refleja un marcado desaliento (CGT, N° 34, 19/12/68) y, según Jozami (2006: 201), por estas fechas Walsh expresaba en su diario personal “su inquietud a partir del momento en que los grandes sindicatos se alejan de la central, y en un balance de la situación en diciembre de 1968 concluye que ‘la rebelión de las bases quedo en los papeles. Las bases no tuvieron expresión real, no se integraron orgánicamente en la CGT. De ellas no surgieron dirigentes, activistas, cuadros.’”.

¹⁴ Ollier (1989: 94, 104)

¹⁵ CGT N° 37 (23/1/69)

traidores, es necesario un recambio total de dirigentes, en una elección verdadera, “desde abajo”, en asambleas. El diálogo, reproducido por CGT, termina con la respuesta de Tolosa: “Eso sería lo ideal”.¹⁶ En el marco de un proceso de debilitamiento y declive que ni el Cordobazo ni la “ejecución” de Vandor (30/6/69) interrumpen, la propuesta de crear una estructura “alternativa” se resignifica, planteándose como un “nuevo sindicalismo, capaz de crear una comisión de lucha en cada fábrica, una Agrupación de Base en cada Gremio, una coordinadora en cada barrio, una regional rebelde en cada ciudad”.¹⁷ En palabras de Ongaro, “no se trata de manejar las instituciones de que dispone el Sistema. Tenemos que crearlo todo de nuevo. Y eso no podemos hacerlo ocupando lo viejo, sino derribando lo viejo.”¹⁸

Este viraje marca la fase final del proceso de dispersión de la CGT de los Argentinos, que culmina en enero de 1970, cuando se ratifica la línea de formar de agrupaciones de base por fuera de la estructura sindical alineada con las 62 organizaciones.

En estos años se desarrolla de manera simultánea una segunda línea de conflictos al interior de la IP, vinculada a la lucha armada. La práctica de la violencia política por parte de grupos peronistas se remontaba a la “resistencia”, cuyas modalidades iban desde la pelea callejera hasta los atentados y sabotajes con diversos grados de organización. Inicialmente, estas prácticas aparecían despojadas de un significado ideológico específico. Con el impacto de la revolución cubana y, más en general, con la difusión de los procesos de descolonización del llamado “Tercer Mundo”, comienza a resignificarse como un camino privilegiado para el regreso del peronismo al poder, más allá de las diversas definiciones de lo que eso significara en términos de transformación social.¹⁹

Luego del Cordobazo, a medida que la represión se intensifica y cierra los ya escasos espacios de acción legal, como la CGT de los Argentinos, este debate es cada vez más urgente. En el segundo (y último) congreso del Peronismo Revolucionario, de enero de 1969, los asistentes apoyan de manera unánime la unidad del peronismo “desde las bases” (es decir por fuera de las 62 organizaciones), pero la unidad desaparece al abordar el tema de la lucha armada.

Por una parte, siguiendo a Ollier (1989), en el congreso se habían enfrentado dos posturas. Una que proponía “ganar la masa peronista, el control del movimiento obrero y la anuencia de Perón antes de desatar la lucha armada” y otra que planteaba que debía impulsarse la guerrilla inmediatamente ya que esta arrastraría a las masas. Concretamente, entre los grupos del PR, sólo el MRP y la JRP apoyaban la primera posición. El primero, liderado por De Luca, porque apoya la estrategia del Frente de Resistencia Civil de la CGT de los Argentinos; los segundos porque consideran necesario lograr una inserción más profunda en la clase para acompañar el foco.

Por otra parte, incluso al interior de esa creciente mayoría que apoya la prioridad de la lucha armada y la organización clandestina para su inmediata implementación, subsistían los clivajes ideológicos

16 CGT N° 41 (27/3/69)

17 CGT N° 53 (11/69)

18 CGT N° 54 (12/69)

19 Estos tempranos debates de la IP sobre la práctica de la violencia política son analizados en profundidad por Gil (1989), Raimundo (s/f b), Rot (2004), y Rot y Campos (2010).

relacionados con la temprana diferenciación ideológica de las corrientes que pueden caracterizarse como “nacionalista” radicalizada y “clasista”. Claro ejemplo son las tempranas diferencias internas que atraviesan a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP).

Las FAP comienzan a organizarse como núcleo clandestino después del golpe de 1966 y en agosto de 1968 se inicia la instalación del foco rural. Poco después, en septiembre, el grupo es detenido en Taco Ralo, dándose así a conocer públicamente su existencia. Uno de sus rasgos distintivos era ser “históricos” del movimiento, en el sentido de contar con una larga trayectoria en él. La mayoría de sus referentes había participado, directa o indirectamente, de las primeras experiencias de lucha armada y eran conocidos y respetados en los ámbitos de la militancia de la IP, en especial entre quienes se habían acercado al movimiento a partir del golpe de 1966.

Esto era especialmente claro en el caso de los guerrilleros de Taco Ralo, reclutados por uno de los principales referentes del MJP, Envar El Kadri, con la idea de que si los detenían y acusaban de comunistas, podrían dar a conocer sus nombres y la gente sabría que “somos peronistas de toda la vida”.²⁰

A tono con esta intención, en noviembre, luego de su involuntaria aparición pública en Taco Ralo, los miembros del grupo que había sido detenido declaran que se proponían

“iniciar la guerra revolucionaria como forma de señalarle al Pueblo el auténtico camino hacia su propia LIBERACIÓN, porque como lo dijera nuestro CONDUCTOR: ‘AL PUEBLO SOLO LO SALVARA EL PUEBLO’, y como forma de disputarle al régimen el poder político en el único lenguaje que él entiende: el de la fuerza, cumpliendo así con el precepto constitucional de ‘armarse en defensa de la Patria’.”²¹

Luego de Taco Ralo, las FAP habían quedado muy debilitadas. Con la excepción del grupo de Caride (de la “vieja” JP), los militantes que quedan libres se habían acercado al peronismo en los primeros 60s desde la izquierda (Palabra Obrera), la derecha (Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara) y el catolicismo postconciliar. Más allá de las trayectorias previas de los militantes, dos documentos de escasa difusión, orientados al debate interno antes que a la difusión, permiten identificar claras diferencias entre las posiciones del grupo de integrantes de las FAP que estaba en prisión, generalmente identificado como “FAP rural” (por la experiencia de Taco Ralo), y el grupo que sigue actuando en el ámbito urbano (conocido por esto como “FAP urbana”).

El primer documento conocido de los “urbanos” (de principios de 1969) se titula “¿Porqué somos peronistas?”²² y su eje es una caracterización crítica del peronismo. Atribuye el golpe de 1955 a la ausencia de cambios “en el aspecto económico, las estructuras del poder oligárquico” y los reiterados fracasos experimentados desde entonces a que “la dirección del Movimiento permanece en manos de sectores de la burguesía nacional y de la burocracia sindical y política todopoderosa”. Esto habría lleva a

²⁰ Anguita y Caparrós (1997: 199, 207). Anzorena corrobora con otros testimonios esta intención de reclutar ex MJP (1989:133-4).

²¹ Publicado en C y R N° 11, cit. en Duhalde y Pérez (2003: 110)

²² Sin mención de publicación, cit. en Duhalde y Pérez (2003:116-119)

la adopción medios de lucha “que no estaban a la altura de su condición revolucionaria y tienen en común el espontaneísmo”, y que habían conducido al fracaso y a “la actual dispersión del peronismo”.

Este tono crítico se profundiza cuando afirman que para “el pueblo” el regreso de Perón no implicaba “el retorno de un hombre sino de lo que él encarna, o sea, la participación en la conducción del país” y que la imposibilidad de toda negociación entre Perón y el régimen era una realidad “independiente incluso de Perón”, que obedecía a que “el significado de Perón en la Argentina son miles y miles de descamisados en la calle”.

A pesar del evidente contraste hay un punto de coincidencia: las conclusiones metodológicas. Un documento de los presos de Taco Ralo de enero de 1969 consideraba que el fracaso de las experiencias de lucha armada realizadas hasta el momento se debía a que la idea del foco se saltaba un paso fundamental en el accionar de la “vanguardia”: “anexar (...) su accionar propio” a los “organismos” en los que “se manifiesta la lucha del pueblo en cada momento histórico”. Recién después de esa “adaptación”, se podía dar paso a la “elevación” de la lucha a un “grado superior”, es decir la lucha armada. Asimismo era necesario encuadrar a “los sectores más esclarecidos” del pueblo mediante la combinación de acciones de “guerra psicológica” contra el régimen y acciones políticas.²³

De manera similar, el documento ya citado de los “urbanos” afirmaba que la vanguardia debía tomar las reivindicaciones populares para luego “eivarlas”, es decir, lograr su identificación con los objetivos de la organización, conduciéndolas a la revolución:

“El Che planteaba que no se puede ir demasiado lejos del Pueblo, ni confundirse totalmente con él, dejando de ser vanguardia. Hacer lo primero sería no ver las necesidades reales del pueblo y tomar otras que hasta el momento son pura teoría y el Pueblo no siente como suyas. Lo segundo sería aceptar que Perón tiene que venir para hacer la revolución, sin explicar que sólo una revolución en marcha puede traer a Perón.”.

Las acciones, documentos y comunicados públicos de estos meses reflejan tanto estos acuerdos como las diferencias. Después de Taco Ralo y durante casi un año, la “pata” urbana acumula infraestructura y realiza acciones sin firmar. Entre su reaparición pública urbana y la aparición de Montoneros en mayo de 1970 realizan cuatro acciones públicas firmadas que no alcanzan la misma repercusión que Taco Talo. La primera acción es un reparto de juguetes en una villa durante el día de Reyes, y las restantes son de pertrechamiento, específicamente robo de armas. Dado que la acumulación de recursos e infraestructura es previa a la aparición pública, puede afirmarse que estas acciones obedecen fundamentalmente a una intención propagandística.

De manera similar, en sus declaraciones y documentos públicos (septiembre, octubre y noviembre de 1969, enero, febrero y abril de 1970) encontramos una consigna que se reitera: “De una o de cien las armas de la fuerza de la represión irán pasando a manos del pueblo, que irá creando su propia fuerza armada, su ejército de liberación”. A la vez, los desacuerdos también se reflejan en esos meses en el

²³ Sin mención sobre publicación, cit. en Duhalde y Pérez (2003:112-115)

énfasis, oscilante primero y decreciente después (hasta transformarse casi en un silencio) respecto de la identidad peronista.

Las vertientes de la IP hacia 1970

En primer lugar, la línea de la CGT de los Argentinos y, luego de su dispersión, de las corrientes “ongaristas”. A partir del inicial “sindicalismo de liberación” estos grupos proponen dejar completamente de lado las estructuras organizativas existentes. Si bien esta postura prefigura el “alternativismo” que las FAP formulan a principios de 1971, hacia 1970 el ongarismo era el último reducto de esta postura en claro retroceso.

En segundo lugar, si los sectores afines al onganismo, así como algunos otros grupos minoritarios, consideraban que la lucha armada debía supeditarse a la meta de lograr una organización política de masas que la apoyara, la mayor parte de la IP consideraba que la situación era (a partir del Cordobazo en especial) de abierta “guerra revolucionaria” y, por ende, que la prioridad era tomar las armas y lanzarse a la acción, dando un ejemplo que poco a poco permitiría la creación del “Ejército Popular”. Esta era la línea inicial de las FAP, única “con nombre y apellido” dentro del peronismo y a esta concepción responde el perfil de sus acciones y su discurso público, que denominamos de “propaganda del método”.

En tercer lugar, dentro de los grupos partidarios de la prioridad/urgencia de la lucha armada, encontramos a su vez otro eje de conflictos, relacionado con las diferentes caracterizaciones del peronismo, que remite a las diferencias ideológicas que identificamos ya a principios de los sesenta como clasista vs antiimperialista.

Por último, los sectores “combativos” plantean abiertamente que el “realismo” y la “eficacia” deben primar sobre la pureza de las ideas, incluso si eso implicaba “sentarse” con traidores.

La irrupción de los Montoneros

Siguiendo a Lanusse (2005), Montoneros es fruto de la convergencia de cinco pequeños grupos del catolicismo postconciliar. Cuatro de ellos comienzan a gestarse antes de 1966, a partir de la militancia en el ámbito estudiantil y/o barrial y la acción social impulsada por sacerdotes tercermundistas. Después del golpe los grupos adquieren perfiles ligeramente diferentes a partir de las formas en que buscan ir “más allá” de la militancia inicial. Más allá de los matices, los grupos de Córdoba, Santa Fé y Reconquista incorporan el ámbito sindical a su militancia, vinculándose estrechamente a la CGT de los Argentinos, mientras que los Comandos Camilo Torre se orientan a la preparación para la lucha armada.

De todas formas, los cuatro grupos inician las prácticas armadas de manera simultánea, en 1968, al igual que el quinto y último grupo, denominado “Sabino Navarro” por quien sería su referente más notorio. Este es el grupo más heterogéneo, o mejor dicho el menos exclusivamente vinculado al mundo del catolicismo postconciliar. Su origen como grupo es posterior al resto, y cercano al inicio de la acción. Nace de la unión de cuatro militantes cuyas trayectorias previas combinan el ámbito del catolicismo

postconciliar con la pertenencia a diversos espacios ligados a la IP cuya meta era volcarse inmediatamente a la lucha armada

Una de las mayores riquezas del libro de Lanusse (2005) es su reconstrucción de los debates que acompañan la trayectoria de estos “grupos originales” y que demuestran que a pesar de la similitud de sus trayectorias, tanto sus ideas como sus prácticas presentaban diferencias significativas. Esas diferencias permiten destacar un aspecto poco explorado de la llamada “peronización” de los sectores medios y del origen de las organizaciones armadas peronistas: la relación entre los “nuevos” peronistas y los grupos que los preceden en su intento de vincular izquierda y peronismo.

En principio, poco distingue los debates entre y al interior de los “grupos fundadores” de los que dividían a los restantes grupos de la IP. Algunos, en especial los cordobeses, están cercanos al discurso ongarista. Otros, a las diferentes vertientes de las FAP. Ninguno, en principio, plantea posiciones de gran originalidad. Sin embargo, la acción con la que se dan a conocer plantea, además de continuidades profundas, definiciones y posicionamientos novedosos y de ruptura respecto de las experiencias previas de la IP.²⁴

Se definen como una “Unión de hombres y mujeres profundamente argentinos y peronistas, dispuestos a pelear con las armas en la mano” y aclaran que “Nuestra doctrina es la doctrina justicialista, de inspiración cristiana y nacional”.²⁵

La ausencia de referencias a los objetivos revolucionarios que indudablemente eran sostenidos por el grupo dada su militancia previa y la abundancia de referencias nacionalistas remiten a los primeros comunicados de los presos de Taco Ralo. Se enmarcan, por ende, en la preocupación propia de las organizaciones identificadas con el peronismo de evitar ser acusados de responder a los intereses del “comunismo internacional”.

Las referencias cristianas, en cambio, son una novedad y dan cuenta de la pertenencia al cristianismo postconciliar como rasgo distintivo de la organización. Cabe destacar, sin embargo, la fuerte articulación que desde 1968 y a través de la CGT de los Argentinos se había establecido entre la IP y el discurso del MSPTM, a partir de su común énfasis en la denuncia de la pobreza y la corrupción y la necesidad de destruir al “sistema”.

En tercer lugar, todos los comunicados comparten el unánime rechazo de la IP a la “trampa” de una “falsa” salida democrática, y la crítica al gobierno centrada en la entrega de la patria y la acusación de enriquecimiento personal de sus integrantes.

Por último, el comunicado termina adoptando la modalidad de propaganda del método propia de las FAP: exhortando al pueblo argentino a unirse a la resistencia armada contra el régimen, ya que las

²⁴ La operación había comenzado a idearse a principios de 1969 y en diciembre se decide comenzar a planificarla. Sus responsables eran los grupos porteños y cordobeses ligados hasta 1967 a la revista *Cristianismo y Revolución*, aunque algunos de los otros grupos “fundadores” (Cordobés y Sabino Navarro), con los que habían iniciado ya la fusión, participaron de forma secundaria.

²⁵ Comunicado N° 5, de junio de 1970, cit. en Baschetti (1995: 52-53)

consecuencias de la acción “marcan claramente cuál es el único camino que permite golpear eficazmente al sistema”, la resistencia armada.

Si hasta aquí puede hablarse de una relativa continuidad, tres elementos adicionales marcan la presencia de innovaciones que no pasaron desapercibidas.

En primer lugar, hasta ese momento las acciones urbanas de mayor repercusión habían sido ejecuciones de líderes sindicales considerados “traidores” por la IP realizadas por grupos anónimos (Vandor, luego sería Alonso), sabotajes en línea con las acciones de la Resistencia, ligados a la simbología peronista y nacionalista o de apoyo a luchas sindicales y, fundamentalmente, acciones de pertrechamiento asociadas al discurso de “propaganda del método”.

Es el primer asesinato político cuya víctima es un símbolo indiscutido para el conjunto del movimiento peronista, no exclusivamente para sus sectores de “izquierda”. Aramburu era la encarnación de la represión iniciada en 1955 del movimiento peronista en su conjunto. Para Melon (1993:240), las estadísticas de actos de sabotaje característicos de la Resistencia señalan “la apropiación que muchos peronistas hicieron de la revolución de Valle y de sus consecuencias” y destaca que esta apropiación “fue independiente tanto de los propósitos originales del movimiento de junio como del propio Perón. Fue hija, en suma, de la represión y del conocimiento que de ella fue adquiriendo la sociedad”.²⁶

La vigencia de estos significados hacia 1970 puede percibirse en la reseña de los acontecimientos del Cordobazo del periódico de la CGT, que ocupa la mitad de varias páginas, y va acompañada, en la otra mitad de cada página, por dos notas: “Los generales fusiladores del 1956 son los padres de los generales fusiladores del 1969” y “Valle general del pueblo asesinado por la oligarquía”. Si bien la coincidencia de fechas favorece la aparición de la referencia, dada la ubicación de las notas implican claramente la búsqueda de resignificar las luchas contemporáneas identificándolas con las luchas del movimiento peronista, para lo cual se recurre a Valle como símbolo fundamental.²⁷

También para los combativos se trataba de un tema actual. Carulli (2000: 201-202) señala que la revista Extra publicaba mensualmente “juicios” a personalidades de la política argentina. El número de abril de 1970 estaba dedicado a Aramburu y el fiscal del juicio era Gazzera, una figura “combativa” muy cercana a Guillán.

Además, esta identificación con el movimiento en su conjunto, reflejada en la elección de la víctima, se ve reforzada por la clara reivindicación de una identidad peronista, plasmada en referencias reiteradas a “nuestro líder” Perón y “nuestros compañeros” Evita y Valle.

Puede afirmarse entonces que un primer rasgo distintivo, presente tanto en la acción como en los mensajes que la acompañan, es su contraste con los debates y conflictos en torno a las definiciones del peronismo que atravesaban a la IP y que, como vimos, se plasmaban en el caso de las FAP en ciertos

²⁶ De hecho, según Melon (1993), se había tratado de la mayor amenaza de surgimiento de un liderazgo alternativo que sufriera Perón desde el comienzo de su exilio, ahí su inicial rechazo. En sus cartas a Cooke, señala que “el pueblo ha supuesto que la revolución fracasada (...) era nuestra, cuando en realidad era de los militares”. Sin embargo, ya en 1957 la posición del líder exiliado se modifica ante la evidente repercusión que el hecho había logrado en las bases del movimiento.

²⁷ N°46 (5/6/69)

silencios y un énfasis decreciente en la identificación con el peronismo y con Perón. Por el contrario, los Montoneros llaman explícitamente, en un pasaje de propaganda del método similar al de las FAP, al “pueblo” a “unirse, sin partidismo sectarios, en torno a las banderas intransigentes de la resistencia”.²⁸

En segundo lugar, sin embargo, también hay un mensaje específicamente dirigido a la IP: Aramburu no sólo tenía un pasado político, sino que al momento de ser “ejecutado” había vuelto al primer plano de la escena política a partir de su oposición al régimen de Onganía. En este contexto, la acción no sólo busca expresar una identidad (peronista), una línea política (rechazo de la “trampa” electoral y la “corrupción” del régimen) o propagandizar un método de lucha (armada), sino que apuntaba a intervenir de manera activa en la escena política, cerrando violentamente esa alternativa encarnada por Aramburu y llamando a la unidad del Movimiento a partir de su común oposición al antiperonismo.

Por último, el rasgo más llamativo y que mayor sorpresa despertó, junto a las referencias cristianas, fue el lenguaje parco, marcial, fuertemente militar de los comunicados. Esto abonó las interpretaciones que desde el momento en que se conoció el secuestro lo atribuyeron al conflicto interno en las FA, y no, como habitualmente se hacía, a fuerzas “antinacionales” vinculadas al comunismo. Sin embargo, también puede entenderse como una clara señal de la voluntad de los Montoneros de diferenciarse de las acciones previas, buscando mostrarse no sólo como un pequeño grupo que llama a la acción al pueblo con su ejemplo heroico para, con el tiempo, construir el “Ejército del Pueblo”, sino como un ejército ya constituido, capaz de vengar al pueblo y de incidir efectivamente en la escena pública con sus acciones.

Esto se ve reforzado por una visión en conjunto de las peculiaridades mencionadas, ya que convergen en una agresiva voluntad de diferenciarse de otras organizaciones con las que comparte un mismo espacio político (la IP), situándose por encima de sus habituales clivajes e identificándose con el conjunto del MP, así como por la afirmación de la propia importancia y capacidad para lograr una incidencia real en la escena política.

Los primeros documentos públicos refuerzan esta impresión. En un reportaje de abril de 1971 afirman que el objetivo de la acción había sido

“dar un paso más adelante en lo que hace al grado de violencia ofensiva. O sea, avanzar en la escalada político-militar que se inicia con atentados, asaltos a policías de parada, a postas militares, a polígonos de tiro, a armerías, entre otras cosas, hasta llegar a la toma de bancos y destacamentos policiales. Por eso planificamos, entre otras cosas esta operación de envergadura nacional”.

Y en relación a ese objetivo, a pesar de los problemas y fallas, evalúan que la decisión fue acertada ya que la operación demostró que eran posibles “hechos de envergadura” y abrió “nuevas perspectivas al

²⁸ Baschetti (1995: 52).

movimiento armado (...) [lo cual] se comprueba en la creciente expectativa popular y la ola de acciones desencadenadas en estos momentos”.²⁹

En la misma línea, subrayan que la operación no sólo se distingue de las precedentes por su magnitud, sino que “es el primer hecho militar realizado por una organización revolucionaria que implica por sí sólo definirse políticamente. Ya, asaltar un banco o tomar un destacamento popular no define políticamente a nadie”.³⁰

Más aún, respecto de las definiciones, la acción consistía en la aplicación de “la justicia revolucionaria”, desconociendo la del régimen y por ende puede verse como “el comienzo de la instauración del poder popular”. Por último, destacan que la acción había logrado privar “al régimen de su carta más importante para la salida demoliberal”, agudizando “las contradicciones internas del régimen” hasta provocar el cambio de Onganía por Levingston.³¹

Esta interpretación converge también con los análisis retrospectivos y críticos de algunos militantes que califican estas particularidades como “oportunismo incipiente”. El documento que da origen a la primera disidencia importante (los “sabinos”) caracteriza a las primeras acciones como “hechos-foco” que se proponían “instalar la guerra (...) en la lucha política de peronismo-antiperonismo. Era un hecho detonante, generador de conciencia y de unidad peronista, tras una metodología revolucionaria”.

Señalan que en los comunicados

“María [Montoneros] se definía como peronista en el sentido más amplio del término, cuidando escrupulosamente incluso, de que la terminología se ajustara a esa amplitud.”.

(...) Nos interesaba ser reconocidos como peronistas primero y como brazo armado después, por la misma burocracia que despreciábamos (nuestras cartas explicativas de los hechos no olvidó a ninguno de ellos).

Queríamos contener a todo ese peronismo en pugna, y para ello cuidábamos hasta el lenguaje. Y así como propósito –además de nuestras deficiencias teóricas- preferíamos no hablar de clases, no arriesgábamos a aclarar ningún concepto que pudiera romper ese ‘frente popular de unidad’. Evidentemente nos interesaba el número, y ese era el fundamento de nuestras indefiniciones públicas, inconcientemente pensábamos que la indefinición mantendría intacto el caudal del peronismo a nuestro favor (...).”³²

En síntesis, esta acción de los Montoneros marca ya una afinidad inicial con los argumentos que, desde 1969, habían esgrimido los sectores que hemos denominado “combativos”. Y, en este sentido, parece fundamental profundizar la caracterización de ese espacio político en el cual, como hemos intentado

29 Baschetti (1995: 61-64). “Los que lloran”, se publica en el N° 27 de C y R, junto a un reportaje a las FAP, publicado originalmente en Granma en septiembre de 1970 y ya mencionado (“Con las armas en la mano”) y un reportaje a las FAR (“Los de Garín”).

30 Baschetti (1995: 62)

31 Baschetti (1995: 61-62)

32 “Documento Verde”, Suplemento Especial de la Revista Lucha Armada, pág. 12 y 24.

mostrar, los clivajes se superponen de maneras no reductibles a la contraposición de dos corrientes: revolucionaria y conciente de la “verdadera” naturaleza política del proyecto de Perón versus “ortodoxa” e ingenua.

Por el contrario, a pesar de las diferentes vertientes y sus cambiantes posicionamientos, podemos identificar en la IP una interpretación del rol y del comportamiento de Perón compartidas, que le permite evitar un juicio definitivo sobre esa “naturaleza” del líder y que, a la vez, plantea una meta política compartida: constituirse en una fuerza capaz de hegemonizar al movimiento peronista.

Respecto de los clivajes, hacia 1970, mientras el relacionado con la lucha armada iba desvaneciéndose a medida que las organizaciones clandestinas ganaban popularidad, ganaba importancia otro problema, relacionado a cómo lograr esa deseada “hegemonía” en el movimiento: desde afuera, con organizaciones “de base” y “alternativas” a las del “sistema”; o “desde adentro”, disputando a los sectores “burocráticos” las propias estructuras del movimiento peronista.

Bibliografía citada:

Anguita y Caparrós (1997) *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina (1966-1973)*, Grupo Editorial Norma.

Anzorena, Oscar (1989) *JP: historia de la Juventud Peronista (1955-1988)* Del Cordón, Bs. As.

Baschetti, Roberto (comp.) (1995) *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, De la Campana

Bozza, Juan Alberto (2001) "El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de radicalización, 1959-1969", *Sociohistorica* N° 9/10.

Bozza, Juan Alberto (2010) “Una voz contra los monopolios. CGT. El periódico de la CGT de los Argentinos”, *Oficios Terrestres. Revista de Ciencias Sociales desde la Comunicación y la Cultura*, Año XVI, N° 25, http://www.perio.unlp.edu.ar/oficios/documentos/pdfs/oficios_25.pdf

Carulli, Liliana; Caraballo, Liliana; Charlier, Noemi; y Cafiero, Mercedes (2000) *Nomeolvides. Memoria de la Resistencia Peronista*, Ed. Biblos, Bs As

Dawyd, Darío (2008) “A 40 años del Programa del 1º de mayo. La CGT de los argentinos y la ofensiva contra la ‘Revolución Argentina’ ”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, <http://nuevomundo.revues.org/index38022.html>

Donatello, Luis Miguel (2010) *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto*, Manantial, Bs. As.

Duhalde, Eduardo Luis y Pérez, Eduardo (2003) *De Taco Ralo a la Alternativa Independiente*, De la Campana, La Plata.

Fernández, Arturo (1986) *Ideologías de los grupos dirigentes sindicales (1966-1973)*, CEAL, Bs. As.

Gil, Germán Roberto (1989) *La Izquierda peronista (1955-1974)*, CEAL, Bs. As.

- Gillespie, Richard (1987) *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalbo, Bs. As.
- Gillespie, Richard (1989) *J.W. Cooke. El peronismo alternativo*, Cántaro, Bs. As.
- Gurucharri, Eduardo (2001) *Un militar entre obreros y militantes*, Colihue, Bs. As.
- Halperín Donghi, Tulio (1994) *La larga agonía de la Argentina peronista*, Ariel, Bs. As.
- James, Daniel (1976) "The peronist left, 1955-1975", *Journal of Latin American Studies*, 8(2): 273-296.
- James, Daniel (1990) *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*, Sudamericana, Bs. As.
- Jozami, Eduardo (2006) *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*, Norma, Bs. As.
- Lanusse, Lucas (2005) *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Ed. Vergara, Bs. As.
- Melón, Julio (1993) "La resistencia peronista: alcances y significados", *Anuario IEHS*.
- O'Donnell, Guillermo (1977) "Estado y Alianzas en la Argentina", *Desarrollo Económico*, vol. 16, N° 64 (en-mar).
- Ollier, María Matilde (1989) *Orden, poder y violencia (1968-1973)*, CEAL, Bs. As.
- Ollier, María Matilde, (1986), *El fenómeno insurreccional y la cultura política, 1969-1973*, Bs. As., CEAL [en Ollier, María Matilde (2005) *Golpe o revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966-1973*. Caseros, Universidad Tres de Febrero]
- Pérez, Eduardo (2003) "Una aproximación a la historia de las FAP", en Duhalde, Eduardo Luis y Pérez, Eduardo, *De Taco Ralo a la Alternativa Independiente*, De la Campana, La Plata, pp 33-106.
- Portantiero, Juan Carlos (1977) "Economía y política en la crisis argentina", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 38:21 (abril-junio): 531-565
- Raimundo, Marcelo (s/f a), "En torno a los orígenes del peronismo revolucionario, el MRP", en <http://historiapolitica.com/biblioteca>
- Raimundo, Marcelo (s/f b), "La política armada del peronismo: 1955-1966", <http://historiapolitica.com/biblioteca>
- Rot y Campos (2010) *La guerrilla del Ejército Libertador. Vicisitudes políticas de una guerrilla urbana*, El Topo Blindado, Bs. As.
- Rot, Gabriel (2004) *El mito del Policlínico Bancario*. Lucha Armada N° 1
- Salas, Ernesto (1990) *La Resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*, CEAL, Bs. As.
- Salas, Ernesto (1994) "Cultura popular y conciencia de clase en la resistencia peronista", *Ciclos*, año IV, Vol. IV, N° 7, 2° semestre.
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (1986) *Perón o muerte. Las estrategias discursivas del fenómeno peronista*, Legasa, Bs. As.
- Torre, Juan Carlos (2004) *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*, S XXI, Bs. As.